

# Escrituras de la historia

Introducción a la historia de Asia  
oriental de los siglos XIX y XX

David Martínez-Robles  
Carles Brasó Broggi

PID\_00197508



Los textos e imágenes publicados en esta obra están sujetos –excepto que se indique lo contrario– a una licencia de Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada (BY-NC-ND) v.3.0 España de Creative Commons. Podéis copiarlos, distribuirlos y transmitirlos públicamente siempre que citéis el autor y la fuente (FUOC. Fundació para la Universitat Oberta de Catalunya), no hagáis de ellos un uso comercial y ni obra derivada. La licencia completa se puede consultar en <http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/3.0/es/legalcode.es>

# Índice

<b>Introducción.....</b>	<b>5</b>
<b>Objetivos.....</b>	<b>6</b>
<b>1. El final de una era.....</b>	<b>7</b>
1.1. La crisis del imperio Qing .....	7
1.2. El final del periodo Tokugawa .....	15
<b>2. Asia oriental en la contemporaneidad global.....</b>	<b>20</b>
<b>3. La escritura de la historia de Asia oriental: discursos,     problemáticas y debates.....</b>	<b>23</b>
<b>Bibliografía.....</b>	<b>31</b>



## Introducción

El propósito inicial de este módulo es introducir al estudiante a la historia contemporánea de China y Japón. Los siglos XVIII y XIX representan un momento de cambios transcendentales en China y Japón, y para comprenderlos de manera cabal, es necesario tener presente la situación de la que parten, que ofrece las claves interpretativas de buena parte de los acontecimientos que tendrán lugar en periodos posteriores. Por ello, la parte inicial de este módulo intenta dar una mirada general a ese periodo histórico que debe servir como base para módulos posteriores.

En segundo lugar, se intenta mostrar cómo China y Japón pasan a formar parte, de manera directa o indirecta, en esa misma época, de los principales acontecimientos mundiales, y que por tanto deben ser considerados actores mundiales. La historia de Asia oriental a partir de los siglos XVIII y XIX no es ya una historia regional, sino parte fundamental de una historia global y descentralizada.

Al mismo tiempo, este módulo pretende acercar al estudiante a la reflexión de lo que significa escribir y comprender la historia moderna y contemporánea de Asia oriental. Estudiar un periodo histórico es un ejercicio que va mucho más allá de la recopilación y ordenación –ineludible y fundamental– de datos y hechos que permitan articular un discurso histórico coherente sobre ese periodo. Esa articulación del discurso –es decir, los criterios, valores, juicios, prejuicios o expectativas en los que se basa–, asume un papel fundamental en cualquier ejercicio de análisis histórico. Cuando ese periodo histórico se refiere a una realidad cultural distinta de la nuestra –lo cual en último término se puede afirmar en todos los casos, en tanto que cualquier diferencia en el tiempo, incluso en el caso de nuestro propio pasado, implica una diferencia cultural–, la forma que toma esa articulación asume un protagonismo aún mayor. Y si además se trata de un periodo y una región donde se establecen relaciones de poder y dominio, como en el caso de la expansión colonial de los grandes imperios euroamericanos en Asia oriental a lo largo del siglo XIX y parte del XX, es fundamental reflexionar sobre los mecanismos, condicionantes y representaciones que entran en juego a la hora de articularse el discurso histórico. La última parte de este módulo tiene como objetivo último precisamente aportar unas primeras ideas de lo que, más allá de los datos y los hechos, supone adentrarse en la historia moderna y contemporánea de China y Japón.

## Objetivos

Los objetivos de este módulo son:

- 1.** Comprender desde una perspectiva global el contexto en el que se circunscribe la historia contemporánea de China y Japón.
- 2.** Valorar el papel de Asia oriental en la historia mundial contemporánea.
- 3.** Tomar conciencia de las innovaciones historiográficas de las últimas décadas sobre la historia de Asia oriental.
- 4.** Reflexionar sobre la importancia de las cuestiones discursivas en el estudio histórico en general y de Asia oriental en particular.

## 1. El final de una era

Hay momentos históricos en los que los acontecimientos se suceden de un modo particular y sugieren que se está llegando al final de una etapa. La historia de los países de Asia oriental se ha definido tradicionalmente con sus propios términos y, de hecho, los nombres de eras y de dinastías, que han sido la base de la narración de la historia de Japón y China, se han sucedido con independencia de lo que ocurría en otros lugares del mundo. Denominaciones familiares y aparentemente universales como las de Edad Media o Edad Moderna, nacidas en la vieja Europa para referirse a periodos muy determinados y como respuesta a un conjunto de circunstancias propias de esta región del planeta, son muy problemáticas cuando se intentan aplicar a las realidades extraeuropeas.

Aun así, son cientos los libros que hablan, por ejemplo, de una China moderna o del Japón medieval, ignorando o haciendo caso omiso de las problemáticas que ello conlleva. Otros, en cambio, prefieren seguir otro tipo de criterios y terminología, más libres de significaciones etnocéntricas. No obstante, con independencia de los términos que se empleen, existe una unanimidad casi abrumadora entre buena parte de los historiadores en señalar a los siglos XVIII y XIX como un momento de cambios trascendentales en Asia oriental que apuntan al final de una era y al inicio de otra. Y, más allá de las denominaciones, uno de los elementos cruciales que define los primeros pasos de esta nueva era es la presencia de los grandes imperios occidentales en Asia oriental y su efecto profundamente perturbador en los Estados asiáticos.

### 1.1. La crisis del imperio Qing

Durante el siglo XIX, China está bajo el dominio de la dinastía extranjera de los Qing, que en 1644 se había aprovechado de la debilidad del Estado Ming ante las grandes rebeliones que assolaban las regiones centrales de China para ocupar el trono de Beijing. Se trata de una dinastía que había sido previamente fundada en Manchuria y que se convertirá en la última antes de la caída del sistema imperial en China, dos siglos y medio después de la conquista manchú del territorio chino.

Después de unas primeras décadas dedicadas a la pacificación de todas las provincias y a la consolidación de su Gobierno, con los Qing China entrará en un periodo de estabilidad y prosperidad económica y social que, no obstante, no conseguirá hacer olvidar el origen manchú de sus emperadores: a pesar de que la oposición a la dinastía por cuestiones étnicas se irá diluyendo con el paso

de las décadas, a mediados del siglo XIX rebrotará con fuerza y se convertirá en uno de los elementos definidores de los cambios que se producirán en China a final de ese siglo.

Conscientes de su origen foráneo, los emperadores manchús optaron por un modelo de implantación muy distinto al de, por ejemplo, la dinastía Yuan mongol. Adoptaron las instituciones básicas de Gobierno, que de hecho ya habían comenzado a implementar en sus territorios originales de Manchuria, en el Estado que habían fundado décadas antes de conquistar China: ministerios, sistema administrativo, exámenes de acceso al funcionariado, etc. Sin embargo, inicialmente los gobernantes manchús impondrán importantes medidas segregadoras, que, a pesar de que con el paso de las décadas perderán fuerza, siempre privilegiarán administrativa, económica y socialmente las etnias de Manchuria (incluidos los chinos del norte que habitaban en esa región desde hacía generaciones), al tiempo que se impondrán prácticas de asimilación cultural, como las referidas a los vestidos o el peinado de los chinos. Los chinos del sur ven incluso cómo no se les permite establecerse en Manchuria, que se convierte en un territorio protegido para sus residentes originales, restricción que se mantendrá vigente hasta el siglo XIX.

Durante los Qing, China protagoniza una expansión territorial que tendrá consecuencias fundamentales que van mucho más allá de las habituales consideraciones geopolíticas. Además de Manchuria y Mongolia, durante el siglo XVIII serán conquistadas nuevas regiones: al oeste, tras arduas campañas que se prolongan durante décadas, se consigue someter la región de los oasis del Turkestán hasta el Pamir (actual Xinjiang), y al sudoeste se consigue controlar todo el altiplano del Tibet. A pesar de que en ninguno de los dos casos existe una administración real de estos territorios, que se limitan a ser colonias militares, los límites del Estado Qing a inicios del siglo XIX son muy similares a los de la República Popular China: las fronteras coinciden casi con exactitud, exceptuando el norte, donde los Qing además controlan toda la región histórica de Mongolia.

La incorporación de nuevos territorios se suma a la política de recuperación y aprovechamiento de tierras para el cultivo, a las mejoras técnicas y a la llegada de nuevos cultivos adaptables a suelos menos fértiles (el maíz y especialmente la patata originarios ambos de América), lo que posibilita el fuerte crecimiento agrícola sostenido que se vivirá a lo largo del siglo XVII. Esta prosperidad agrícola viene acompañada de una auténtica revolución demográfica que acaba por definir la China de inicios del siglo XIX. De los aproximadamente 100 millones de habitantes con que cuenta China hacia 1675, se pasa a los 143 de 1741 y a los cerca de 300 de 1790. Pero la tendencia no se frena con el siglo XIX: China alcanzó en 1850 los 430 millones de habitantes. En otras palabras: en poco más de un siglo la población se triplica. No obstante, a pesar de los

### Bibliografía

Sobre la evolución demográfica durante esta época en China, podéis ver la obra siguiente:

**James Z. Lee; Wang Feng** (1999). *One quarter of Humanity. Malthusian mythology and Chinese realities, 1700-2000*. Harvard University Press.



cambios sociales y económicos que esto conlleva, el aparato estatal responde tímidamente, sin que se produzcan cambios administrativos de dimensiones similares.

Los excedentes agrícolas no sólo redundan a la prosperidad de la población, sino que contribuyen a la reactivación de los circuitos comerciales tradicionales y dinamizan nuevos mercados. Algunas regiones se especializan en la explotación de recursos o la manufactura de productos. Así ocurre con la seda o el algodón, que se elaboran en grandes talleres estatales y privados que ocupan a centenares e incluso miles de obreros, o con el te, que llega con abundancia a los mercados del sudeste de Asia. Otro caso similar es el de la cerámica, cuya producción en serie la convierte en un producto con una clara vocación exportadora: los países de Asia oriental, el sudeste y sur de Asia e incluso Europa hacen de la cerámica Qing un lujo habitual.

Así pues, la revolución demográfica de China de los Qing se produjo acompañada de una auténtica revolución económica. Durante el siglo XVIII, los mercados asiáticos de productos manufacturados tenían una ventaja competitiva especial que, de hecho, recuerda mucho a la situación actual. Según Adam Smith, el padre de la economía moderna, las economías que se basan en el arroz como principal medio de subsistencia tienen una productividad por área cultivable superior a las otras; por lo tanto, la densidad de población será más alta. Al haber una mayor densidad de población, el precio de la mano de obra será inferior, tanto si se compara con el precio de la mano de obra en otras regiones, como si se compara el precio de la mano de obra con otros precios dentro de una misma región. Por ejemplo, en China el precio de los bienes manufacturados (que dependen del trabajo humano) es más bajo que en otros países. Pero también la diferencia entre el precio de un bien manufacturado (como el textil) y un bien no manufacturado (como por ejemplo la plata) será diferente en China que en otros lugares. Esta diferencia marcó, y continúa marcando, el transcurso del comercio internacional, desde las antiguas rutas de la seda hasta los galeones españoles que iban de Manila hasta Acapulco cargados de productos asiáticos que cambiaban por plata americana.

Efectivamente, la balanza comercial entre Europa y Asia fue prácticamente siempre negativa hasta muy entrado el siglo XIX, cuando los efectos de la Revolución Industrial en Inglaterra empezaron a ser perceptibles para el resto del mundo. Hasta entonces, las economías asiáticas habían dominado el comercio internacional, y de hecho, eran líderes en muchos aspectos: a mediados del siglo XVIII, la India y China producían el 50% de los productos manufacturados que se comercializaban en el resto del mundo y eran, por lo tanto, las principales potencias económicas en términos de producto interior bruto. Este hecho desmitifica la teoría tradicional según la cual el progreso moderno es una competencia exclusiva del continente europeo. Búsquedas recientes sobre la Revolución Industrial moderna ven una clara relación entre la voluntad británica de querer dominar la India y los mercados asiáticos, y la competencia

### Bibliografía

Francesca Bray (1986). *The rice economías. Technology & development in Asian societies*. Oxford: Basil Blackwell.

industrial que representaban las "indianas", las telas de algodón estampadas que los británicos copiaron en las fábricas, rompiendo así la ventaja competitiva que tenían los países densamente poblados de Asia oriental.

Una de las controversias que más debate ha suscitado en diferentes entornos académicos (historiadores, economistas, sinólogos, sociólogos, etc.) es una pregunta que planteó el sociólogo alemán Max Weber a principios del siglo XX: ¿por qué la Revolución Industrial se produjo finalmente en las Islas Británicas y no en China, la India o Japón? Max Weber desarrolló una teoría, actualmente desacreditada por la mayoría de especialistas (a pesar de que continúa siendo muy popular en determinados círculos), según la cual, las diferentes éticas procedentes de las diversas religiones (el protestantismo, el catolicismo, el hinduismo y el confucianismo) producen diferentes modelos económicos. Así pues, la mentalidad protestante (y especialmente el calvinismo) favorecían el ahorro y la inversión, factores fundamentales en el desarrollo del capitalismo industrial. En cambio (siempre según la teoría weberiana), la mentalidad confuciana daba mucha importancia a la burocracia, pero ponía obstáculos a la iniciativa privada y a la independencia de las ciudades. A pesar de parecer muy convincente, la teoría weberiana falla cuando se analiza la historia con detalle: por ejemplo, no explica por qué en la Europa central las ciudades católicas y protestantes se desarrollaron al mismo tiempo o por qué China, durante la dinastía Song, a pesar de ser confuciana, tuvo un crecimiento económico comparable al de Inglaterra durante los siglos XVIII y XIX. Podríamos decir, pues, que Max Weber acertó con la pregunta, pero se equivocó con la respuesta. De hecho, no hay todavía una teoría definitiva que haya resuelto esta problemática.

Otro aspecto muy importante para entender la "divergencia" económica que se produjo entre Europa y Asia oriental durante los siglos XVIII y XIX es la relación entre demografía y economía. Malthus creía que todas las sociedades se autorregulan siguiendo una ley natural: la población tiende a aumentar exponencialmente, mientras que los recursos solo pueden aumentar aritméticamente; dicho de otra manera, la población tiende a aumentar más que los recursos. Pero cuando la población aumenta demasiado, se produce un incremento de la mortalidad resultado del déficit de recursos que provoca pobreza, hambre y epidemias. Como consecuencia de este hecho, la población decrece y se equilibra de nuevo la relación entre demografía y recursos.

Una manera de evitar que la mortalidad aparezca como regulador (o como "freno represivo") es controlando la natalidad. Según Malthus, en Europa, el control de la natalidad consecuencia de los matrimonios tardíos provocó un aumento sostenido de la riqueza; en cambio, en las sociedades asiáticas el incremento de la población desencadenó un empobrecimiento generalizado y una falta de recursos perpetua. Esta teoría tuvo mucho eco en la Europa colonial de los siglos XVIII y XIX y favoreció la aparición del racismo, que se institucionalizó en las estructuras políticas imperiales. Las economías que tenían grandes densidades de población se encontraban, según esta teoría, en un es-

### Bibliografía

Max Weber (1920). *Ensayos sobre sociología de la religión* (3 vol.). Madrid (1998). Taurus.

### Bibliografía

Sobre estas cuestiones, podéis consultar sobre todo los capítulos dedicados a China de la obra siguiente:

Mike Davis (2001). *Los holocaustos de la época victoriana tardía. El Niño, las hambrunas y la formación del Tercer Mundo*. Valencia (2006). Publicaciones de la Universitat de València.

tadio inferior de desarrollo, puesto que el progreso se definió en términos darwinianos según la adaptación de cada "especie" al medio. De aquí surgió el llamado darwinismo social, que pregonaba que había razas que se encontraban en estadios diferentes de desarrollo. Lógicamente, esta teoría justificaba la colonización de unos pueblos sobre los otros.

El hecho que el darwinismo social nos parezca una teoría totalmente absurda hoy en día no quiere decir que la relación entre demografía y economía no sea importante. Efectivamente, la relación entre población y recursos es fundamental para entender la riqueza de un país. Pero lo que la teoría malthusiana no explica es que durante la Revolución Industrial, la población en Inglaterra aumentó al mismo ritmo que en China: la población en las Islas Británicas pasó de 7 millones de habitantes en 1700 a 20 millones en 1850, es decir, también se triplicó y, aun así, la población no se empobreció, sino que se enriqueció de manera nunca vista hasta entonces. Por lo tanto, la teoría malthusiana queda invalidada precisamente por el ejemplo inglés, el caso que mejor conocía el demógrafo más famoso y controvertido. Así, pues, el incremento de la población europea fue similar al de China: de hecho, a lo largo de la historia, la población china siempre ha representado entre un 20% y un 35% del total de la población mundial.

Por lo tanto, para explicar los cambios que tuvieron lugar entre los siglos XVIII y XIX no nos podemos centrar únicamente en la demografía. Pero si analizamos la otra parte de la ecuación de Malthus, la parte de los recursos, entonces podemos ver con más claridad las causas de la emergencia económica de Occidente y la crisis económica que se produjo en las economías asiáticas a lo largo del siglo XIX. Actualmente, la mayoría de historiadores y economistas coinciden en denominar esta ruptura como "la Gran Divergencia", un término que popularizó el historiador Kenneth Pomeranz. Pomeranz comparó las economías del delta del Yangzi, una de las regiones más ricas de China, dedicada a la producción textil, y de Gran Bretaña, puesto que considera que, metodológicamente, por un simple problema de escala, no se puede comparar China con Gran Bretaña. Llegó a la conclusión de que las dos regiones se encontraban igualmente limitadas por la falta de recursos ante el crecimiento de la población.

Pero a diferencia del delta del Yangzi, las Islas Británicas se encontraron con dos factores clave, que propiciaron que el crecimiento de la población se viera contrarrestado por un crecimiento igualmente importante de los recursos: en primer lugar, la colonización del continente americano (sobre todo en las regiones norteamericanas, muy ricas en recursos pero con una densidad de población muy baja) fue determinante para la economía británica, puesto que permitió enviar los excedentes de población hacia las colonias de ultramar, y a la vez facilitó que Inglaterra importara todos los bienes (sobre todo cereal, pero también algodón) que necesitaba para alimentar tanto a la población como a su industria. En China, en cambio, las colonizaciones del imperio Qing se habían producido en territorios con una fertilidad muy baja (la meseta del Tíbet y los

#### Bibliografía

Kenneth Pomeranz (2000). *The Great Divergence. China, Europe and the making of modern world economy*. Princeton: Princeton University Press.

desiertos del Gobi y Taklamakan), así que la población del delta del Yangzi no se benefició especialmente de esta expansión. El segundo factor igualmente importante fue el descubrimiento del carbón, una fuente de energía muy barata que en las Islas Británicas se encuentra con abundancia. El carbón fue el combustible principal de la Revolución Industrial y permitió que Inglaterra desarrollara las fábricas de algodón, la máquina de vapor y el ferrocarril.

Curiosamente, muchos de los inventos que impulsaron a Inglaterra hacia el liderazgo económico mundial durante los siglos XVIII y XIX ya se habían descubierto antes en China. La hiladora de múltiples husos y el uso del vapor eran conocidos por la ciencia china, famosa por la cantidad de inventos que ha dado al mundo. Pero en el delta del Yangzi, a pesar de ser una región productora de algodón, no se desarrolló la revolución industrial porque el carbón era escaso y por lo tanto, muy caro con relación a la mano de obra. Por lo que en China continuó siendo más eficaz producir las telas de algodón usando el trabajo manual que con una máquina que ahorrara trabajo a cambio de consumir energía fósil como el carbón. En Inglaterra pasó justo lo contrario y el uso de energías no renovables fue, según Pomeranz y otros historiadores de la economía como Robert Allen y Anthony Wrigley, la principal palanca de la expansión británica por los cinco continentes.

Algunos teóricos asiáticos interpretan que en el siglo XVIII se produjo una divergencia entre dos modelos económicos contrapuestos: el modelo industrial, basado en la energía no renovable, los salarios altos y la expansión territorial (para asegurar mercados, provisión de materias primas y emigración) y el modelo "industrioso" (un término inventado por el demógrafo japonés Akira Hayami pero que puso de moda el historiador holandés Jan de Vries): un modelo basado en el trabajo humano intensivo, el ahorro energético y el aprovechamiento máximo de las tierras de cultivo. Según Kaoru Sugihara, el segundo modelo económico, que él mismo ha definido como el "modelo de desarrollo de Asia oriental" era más sostenible porque no requería la expansión continuada por nuevos territorios y porque se alimentaba de energías renovables. Otros teóricos, como Philip Huang o Mark Elvin, ven en este modelo una "trampa" para el desarrollo, puesto que su fuerza consiste en mantener los salarios bajos y evitar que los inventos tecnológicos acaben con la ventaja comparativa que tienen las regiones más densamente pobladas del continente asiático. Por eso, según Huang o Elvin, la Revolución Industrial no se produjo en China ni en Japón. Se trata, por lo tanto, de un debate muy abierto y actual (el "capitalismo de características chinas" se inspira en parte en todo este marco teórico); hay quién ve ventajas en el modelo "industrioso" de desarrollo, mientras que otros ven problemas. Por otro lado, otros teóricos afirman que simplemente no hay modelos diferentes de desarrollo económico.

Una de las principales innovaciones que dio fuerza al Imperio Británico fue la producción de algodón en fábricas. Estas consiguieron por primera vez fabricar telas más competitivas que las manufacturas tradicionales que venían de los países asiáticos, sobre todo de la India y de China. Los productos manufac-

### Bibliografía

Hay abundante literatura sobre este debate. Sobre la historiografía japonesa, podéis consultar la obra siguiente:

**Kenneth Pomeranz** (2001). "Is there an east Asian development path? Long-term comparisons, constraints, and continuities". *The journal of the economic and social history of the Orient* (núm. 44, vol. 3, pág. 322-362).

Podéis ver también la crítica de Huang en la obra siguiente:

**K. Pomeranz; Philip C. C. Huang** (2002). "Review: Development or involution in Eighteenth Century Britain and China? A Review from Kenneth Pomeranz, *The Great Divergence: China, Europe and the making of the world economy*". *The journal of Asian studies* (núm. 61, vol. 2, pág. 501-538).

turados asiáticos dejaron de ser competitivos y tanto en China como en Japón como en la India entraron productos industriales producidos en Europa, hecho que provocó una crisis sin precedentes en todos los productores textiles de aquellas regiones. Como consecuencia de este cambio y de la introducción interesada del opio (tal y como se verá más tarde), China tuvo por primera vez un déficit comercial con Europa hacia 1830. Esta fecha, por lo tanto, se considera como el punto de inflexión de la Gran Divergencia, el momento en el cual la distancia económica entre las economías industriales y coloniales de Europa y las economías "industriosas" asiáticas se hizo evidente. Pero más allá de estas consideraciones comparativas o globales, se tienen que tener en cuenta varios factores endógenos que estaban erosionando gravemente las dinastías que gobernaban y su legitimidad.

Al final del siglo XVIII, China comienza a ofrecer signos de estancamiento global. La expansión territorial tiene como contrapartida la asimilación forzada e incompleta de un gran número de etnias que nunca dejarán de ser un foco de resistencia, al tiempo que exige una importante inversión de colonización militar en territorios periféricos. Al mismo tiempo, el crecimiento agrario que posibilita y sostiene inicialmente la revolución demográfica del XVIII acaba siendo insuficiente para alimentar a los tres centenares de millones de chinos que a finales de ese siglo comienzan a competir por las tierras más productivas. La crisis comenzará a tomar forma cuando a la inadecuación administrativa ante esta nueva realidad se sumen casos clamorosos de corrupción a nivel local y entre algunos altos funcionarios. Significativamente, el siglo XVIII finaliza con una conmoción social de grandes dimensiones: la rebelión del Loto Blanco, que se prolonga durante años y en la cual confluyen todas estas problemáticas.

De manera simultánea, durante la segunda mitad del siglo XVIII se acentúa la presencia de comerciantes extranjeros en China, lo que acabará convirtiéndose en un elemento amenazador más del delicado equilibrio socioeconómico en que se encuentra en ese momento el Estado Qing. Por ello, el comercio occidental se llevaba a cabo bajo fuertes medidas de control: buena parte de las transacciones se efectuaban en un único puerto del sur, en el cual los europeos no podían residir más que temporalmente; las condiciones, precios y pagos eran regulados por una asociación de comerciantes chinos que mantenían oficialmente el monopolio de ese tipo de comercio; los europeos no podían acceder ni viajar con libertad por otros territorios, ni comunicarse directamente con las autoridades chinas. Estas medidas marcadamente proteccionistas permitían que la balanza comercial entre el imperio Qing y los países europeos fuera claramente favorable durante el siglo XVIII, y al mismo tiempo contribuían a que en Europa se desarrollase una mirada muy crítica hacia el mundo chino y Asia oriental en general.

Todos estos factores determinan cambios sociales fundamentales que explican el paisaje chino de mediados del siglo XIX. En las ciudades y regiones de productores de manufacturas (tejidos, cerámica) aparece una nueva clase social, al tiempo que se consolida la de los grandes comerciantes urbanos con vincu-

laciones directas con las regiones rurales. En el campo, la presión demográfica hace más vulnerable a la población ante los desastres naturales: las lluvias, inundaciones y sequías se convierten en un denominador común de la génesis de la mayoría de grandes movimientos sociales que se producen a lo largo de ese siglo. Las etnias que han sido sometidas militarmente en el sur y el oeste se alzan repetidamente y en ocasiones con consecuencias dramáticas. Etnias que además se ven implicadas en auténticas luchas por el control de las áreas de cultivo, lo que igualmente enfrenta a los pobladores locales con grupos de emigrantes internos chinos.

Además, el comercio europeo comienza a afectar gravemente algunas regiones del sur. El opio indio se convierte en un producto de gran aceptación, con las repercusiones sociales y económicas que conlleva: los mercados y circuitos comerciales tradicionales existentes desde hacía siglos quedan profundamente afectados y en muchos casos desarticulados. Miles de porteadores y pequeños comerciantes, artesanos y campesinos son despojados de sus medios tradicionales de vida y, en muchos casos, arrojados a la pobreza. Estos desclasados explican la proliferación durante toda la primera mitad del siglo XIX del bandidaje, las sociedades secretas y la piratería, especialmente en las provincias del sureste.

Las acciones europeas comienzan a ser percibidas a nivel popular y entre algunos funcionarios como la causa de la ruina de la región, lo que se traduce en un sentimiento contra los extranjeros cada vez más extendido. La base definitiva para estos sentimientos la proporcionará la decisión de los grandes imperios occidentales de acabar por la fuerza con las regulaciones que restringían sus intereses en China. Cuando Gran Bretaña derrote a los ejércitos Qing en la Primera Guerra del Opio, se pondrán en evidencia las dificultades económicas y políticas en las que se encontraba en ese momento el imperio chino, además de la fortaleza militar de las potencias coloniales europeas. Esta derrota culmina en 1844 con la firma de un tratado humillante y abusivo que obliga a China a pagar indemnizaciones desmesuradas, a abrir varios puertos de su costa al comercio internacional e incluso a ceder parte de su territorio (Hong Kong).

No obstante, ese será sólo el primero de una larga lista de tratados desiguales firmados con buena parte de los países occidentales. En 1860 culmina la Segunda Guerra del Opio con la invasión de Beijing por parte de las tropas francesas e inglesas, y se inicia una segunda etapa de agresiones extranjeras que obligan a China a implementar cambios institucionales y a seguir cediendo algunas esferas de su soberanía a la empresa colonial occidental.

Antes de la llegada de los países occidentales, Japón también había experimentado un proceso de importantes transformaciones sociales y políticas que ponían fin al orden hasta entonces imperante, pero que, no obstante, no habían debilitado política y administrativamente al país con la misma contundencia que en China. Mientras que Japón será capaz de modernizar sus estructuras políticas, sus formas de organización, sus sistemas de producción, su educa-

ción, etc., en China las problemáticas sociales, políticas y económicas que habían afectado a buena parte del imperio Qing desde la última década del siglo XIX acabarán por frustrar los ambiciosos intentos de modernización llevados a cabo a partir de los años 1860 y 1870. De hecho, la situación se había tornado dramática después del estallido de las grandes rebeliones que se suceden entre 1850 y 1880. Varias decenas de millones de chinos mueren por las guerras, y algunas de las regiones más productivas de China quedan completamente arruinadas. Las escenas que describen la situación en las provincias del interior en el momento en que se inician esos intentos de modernización son de desolación y muerte: el suicidio se convierte en una opción atractiva para miles de chinos.

En medio de esta espiral de agresiones exteriores y problemáticas internas, el Gobierno Qing inicia reformas políticas, económicas y educativas que toparán con la falta de recursos y su propia incapacidad administrativa. A finales del siglo XIX, la diferente evolución de Japón y China queda contrastada en la guerra que en 1895 los enfrenta a ambos. La marina china acaba aniquilada en pocas horas y, en el consiguiente tratado, además de las consabidas indemnizaciones económicas y concesiones comerciales, China se ve obligada a conceder al imperio japonés su primera colonia, la isla de Taiwán. Esto representa el inicio de una nueva era para ambos países: el expansionismo japonés, que pronto continuará hacia Corea, tiene su nacimiento en este momento; igualmente, en China surge como reacción un movimiento nacionalista cada vez más estructurado que culminará en la caída de la dinastía de los Qing y del sistema imperial en 1911.

## 1.2. El final del periodo Tokugawa

El siglo XIX, de forma similar a lo que ocurre en China, representa un punto de inflexión para la historia de Japón, con un denominador común: la llegada de las potencias occidentales a las aguas del Pacífico. Sin embargo, las circunstancias en Japón y China son muy distintas. Desde comienzos del siglo XVII, en Japón se había consolidado el llamado sistema del *bakufu* (a veces denominado "shogunato"), en el cual se puede observar una doble autoridad: por una parte, la del emperador, residente en Kyoto, que conserva una supremacía legitimada ritualmente; y, por otra, la del shogun, el jefe militar, que representa el poder fáctico y real, el auténtico gobernante de un Japón que mantiene una estructura feudal muy definida.

El periodo Tokugawa (o Edo, 1603-1867) representó una época de doscientos años de estabilidad y paz generalizadas para Japón. La familia Tokugawa, a la que pertenecieron todos los shogun (y parte de los señores feudales o *daimyo* que ejercían el control regional y eran fieles al shogun), consiguió acumular un poder sin precedentes, muy superior al del emperador, aunque teóricamente continuaba siendo vasallo del poder imperial.

### **Bakufu**

El nombre de *bakufu* hace referencia a la residencia del shogun, el principal centro de poder en el Japón de la época Tokugawa.

La base de la estabilidad del periodo Tokugawa se sitúa en el esfuerzo por establecer una clara línea divisoria entre la clase superior (una nobleza militar formada por la corte Tokugawa, los señores regionales o *daimyo* y los militares con varios rangos, denominados genéricamente samuráis) y la del pueblo llano. Cuando esta línea se vaya disolviendo (lo cual ocurrirá a partir de la segunda mitad del siglo XVIII y se hará muy evidente en el siglo XIX), comenzarán a aparecer importantes problemas sociales que desembocan en una crisis que impulsará a Japón a transformarse completamente en la segunda mitad del siglo XIX.

La estabilidad política y social que promovieron los Tokugawa, después de cien años de guerras internas, tuvo como resultado un notable crecimiento de la economía japonesa: aumento de la producción agrícola, diversificación de cultivos (entre otros, llegaron la patata o el boniato americanos a través de China), crecimiento demográfico, crecimiento urbano, desarrollo del comercio y de las redes de transporte, etc. Estos cambios transformaron la estructura de la sociedad japonesa, y esto llevó a la ruina, por ejemplo, a muchos samuráis que intentaban mantener unas formas de vida urbanas sin tener los suficientes medios para hacerlo. Como consecuencia, algunos de estos samuráis se vieron obligados a acordar matrimonios con miembros de familias plebeyas que disponían de recursos económicos, contraviniendo así el orden social sancionado.

Aunque esta transgresión de las normas sociales empieza mucho antes, sus consecuencias no se harán sentir hasta el final de la era Tokugawa, cuando la sociedad habrá evolucionado tanto que el sistema del *bakufu* será insostenible. Las bases estructurales de la clase gobernante fueron las que sufrieron los cambios más evidentes. Algunos señores o *daimyo* concedieron el grado de samurai a familias de origen plebeyo (fundamentalmente, comerciantes enriquecidos), mientras que algunos samuráis abandonaron su estatus (temporalmente o permanente) para dedicarse a actividades propias de las clases populares. Estos cambios erosionaron la sociedad Edo: los comerciantes eran considerados culpables de la situación tanto a ojos de los que pertenecían a los estratos más altos como de los que formaban parte de los más bajos; en el mundo rural, directamente dependiente del poder de los samuráis que lo controlaban, se consideró que el crecimiento de las ciudades era la causa de su empobrecimiento. Los señores y, en último término, el shogun eran acusados por los samuráis que habían caído en la miseria de no haber sido capaces de evitar el declive de quienes precisamente se habían mostrado más leales y fieles en los periodos de dificultad y guerras. Ahora bien, a pesar de todas estas problemáticas, el sistema *bakufu* de los Tokugawa se mantuvo vigente hasta aproximadamente el año 1850.

Los cambios en la estructura de la sociedad japonesa, fruto de la evolución económica del periodo Edo, provocaron la aparición de dificultades y disturbios en el campo. Durante el siglo XVII se produjo una media de sólo dos rebeliones al año (de poca importancia); entre 1700 y 1750, esta cifra se dobló;



y entre 1750 y 1850 la media se volvió a doblar, como muestra de la creciente crispación social. Los conflictos más importantes, que implicaban a millares de campesinos de varias poblaciones, sólo se comenzaron a producir a partir del año 1800. En el ámbito rural, los rebeldes normalmente dirigían sus iras contra los jefes de los pueblos y los funcionarios civiles (no samuráis), además de los campesinos más acomodados. Pero a medida que avanzaba el siglo XIX, las iras de los campesinos apuntaban a objetivos de mayor relevancia: el Gobierno feudal de los señores, especialmente a causa de las subidas de los impuestos, las recaudaciones y censos fraudulentos o la imposición de monopolios comerciales.

Este fenómeno está muy relacionado con el crecimiento urbano que se produce durante todo el periodo Tokugawa, que atraía por una parte a una importante masa de población (campesinos en busca de nuevas oportunidades, samuráis y funcionarios caídos en desgracia económica) y por otra, albergaba el nuevo estrato social de los comerciantes ricos. Según el censo del año 1721, en Japón había cinco núcleos urbanos con más de cien mil habitantes: Edo, sede del shogun y del centro del *bakufu*, con un 50% de habitantes pertenecientes a familias samurai, Kyoto, que era la residencia imperial, Osaka, Kaga (Kanazawa) y Owari (Nagoya). Además, había otras cinco ciudades de más de cincuenta mil habitantes, entre las que destacaba la portuaria Nagasaki, el único punto en el que se permitía el comercio internacional. De hecho, a inicios del siglo XIX cerca de una sexta parte de la población japonesa vivía en zonas urbanas, una cifra nada despreciable si tenemos en cuenta que al comienzo del periodo Tokugawa la proporción era dos veces y media menor.

Paralelamente al crecimiento comercial y urbano se produjo una mejora de las comunicaciones y los transportes locales y marítimos, además de desarrollarse sistemas más eficaces de financiación, seguros, banca, correos, etc. De forma similar, se produjo un importante incremento de los estándares educativos: a partir de 1800 se crearon centenares de escuelas de templos (*terakoya*), que permitieron el acceso a la educación de grupos de población que en otras circunstancias no habrían tenido ninguna oportunidad de escolarizarse. Se calcula que cerca del 40% de los chicos jóvenes habían recibido una educación básica cuando cayó el sistema Tokugawa (la cifra en las chicas era marcadamente inferior).

Como es razonable, los estándares de vida aumentaron significativamente a lo largo de todo el periodo, como lo demuestra la gran variedad de productos que se podían encontrar en los comercios de todo el país ya a finales del siglo XVII. Esto representa un contraste con la cultura tradicional japonesa, que hasta aquel momento apostaba (teniendo en cuenta los limitados recursos de Japón y su densidad de población ya desde antiguo) por la frugalidad, la sencillez y el gasto moderado. Con respecto a la alimentación, el arroz continuaba siendo la base, complementado en las regiones más pobres por sustitutos más baratos y fáciles de cultivar (como la patata o el boniato ya mencionados). Pero además se extendió el uso de algunos productos de lujo, como el azúcar,

las frutas y las verduras, el pescado o el *tofu* y el *sake*. Significativamente, el número de restaurantes creció en todo el país. Todo esto retrata la imagen que habitualmente se tiene del Japón tradicional, que en realidad es la del Japón Tokugawa, una imagen que se rompió repentinamente a mediados del siglo XIX, en un momento en el que Japón empezaba a entrar en el sistema de relaciones internacionales y, en parte, a causa de este hecho.

La llegada de los países occidentales hay que entenderla como un elemento más del proceso de expansión imperial de las grandes potencias en el Pacífico y Asia oriental. El precedente lo constituye China, que en 1842, después de la derrota en la Primera Guerra del Opio contra Gran Bretaña, tuvo que firmar el primero de una larga lista de tratados desiguales. Este hecho fue percibido desde Japón como una grave amenaza que podía extenderse hasta su propio territorio.

En 1844 los holandeses intentaron llegar a un acuerdo con el *bakufu* para conseguir un relajamiento en las restricciones a que se veían sometidos los occidentales en territorio japonés. Las negociaciones no obtuvieron ningún resultado. También Gran Bretaña, Francia y Estados Unidos llevaron a cabo aproximaciones al Gobierno japonés sin mayores consecuencias. No fue hasta 1852 cuando Estados Unidos, que consideraban a Japón como un punto de abastecimiento fundamental a medio camino del trayecto hasta los puertos chinos, decidieron enviar una expedición naval con una misión bien definida, dirigida por Matthew Perry. Después de entregar la carta del presidente de Estados Unidos con sus exigencias, Perry amenazó con ir a China y volver con una armada de guerra. Meses después, a principios de 1854 y cumpliendo con su amenaza, volvió a la costa japonesa con ocho vapores de guerra norteamericanos.

Las negociaciones no fueron sencillas. Dentro del *bakufu* las posiciones estaban muy polarizadas. Una facción consideraba que ceder ante los norteamericanos supondría, además del perjuicio del tratado en sí, un desgaste del sistema y el prestigio del *bakufu* dentro del propio Japón. Otros, sin embargo, creían que era imposible enfrentarse militarmente en aquel momento a los norteamericanos y que, por lo tanto, había que llegar a un acuerdo que les permitiera ganar tiempo para prepararse para una guerra. Finalmente, el máximo dignatario del *bakufu* decidió ceder ante la mayoría de propuestas de Perry y, en marzo de 1854, se firmó una convención, aunque no se llegó a ningún acuerdo sobre comercio.

Inmediatamente, los holandeses, los ingleses y los rusos obtuvieron preacuerdos similares a los que había alcanzado Perry. Las potencias occidentales supieron utilizar a su favor los acontecimientos que se desarrollaban en China. Sugirieron que las fuerzas que entonces se estaban preparando para la Segunda Guerra del Opio, cuando hubieran derrotado a China, pondrían rumbo hacia Japón para conseguir derechos que aseguraran el libre comercio con los países occidentales. Finalmente, después de esfuerzos continuos por parte de los representantes occidentales, a inicios de 1858 se llegó a un preacuerdo entre

Japón y Estados Unidos, siguiendo el modelo de los tratados firmados con China. Los puertos de Nagasaki y Kanagawa (Yokohama) quedaban abiertos al comercio norteamericano; un año después se abriría el de Niigata y en 1863, el de Hyogo (Kobe). Además, de forma similar a lo que pasaba en China en aquellos mismos años, un representante del Gobierno norteamericano residiría en Edo. Finalmente, durante el mismo 1858, ante la amenaza que representaba el final de la Segunda Guerra del Opio en China, el *bakufu* firmó el primer tratado entre Japón y una potencia occidental, Estados Unidos, sin haber podido consultarlo con el emperador, un hecho que tendría una importancia primordial.

Las concesiones de los funcionarios del *bakufu* no fueron bien recibidas en muchas partes de Japón. Pero a pesar de ello, Gran Bretaña consiguió firmar un tratado con Japón aquel mismo año, seguida de Francia, Rusia y Holanda. De esta forma, Japón quedaba incluido en el sistema de tratados desiguales que consiguieron imponer las potencias occidentales en los países del Asia Oriental. Muchos de los cónsules extranjeros que a partir de aquel momento empezaron a residir en Japón ya habían vivido en China y, de hecho, el modelo comercial que se adoptó era el mismo.

La reacción de una parte destacable de la población japonesa fue de fuerte rechazo hacia los occidentales, fenómeno que se podía apreciar desde hacía casi dos décadas en China, y también de descontento hacia el *bakufu*, y hacia el Shogun como su cabeza más visible, porque no había sabido salvaguardar el honor japonés. Pero el fuerte sentimiento nacionalista que se difundiría a partir de aquel momento en Japón conduciría al país hacia unos caminos muy distintos a los que ya estaba siguiendo China y, en pocos años, Japón entraría en una etapa nueva y muy distinta de su historia.

## 2. Asia oriental en la contemporaneidad global

El siglo XIX representa el momento en que los países de Asia oriental comienzan a recibir una atención constante de Occidente. Hasta entonces, las relaciones mantenidas con China o Japón (u otras realidades históricas de Asia) eran apenas una nota anecdótica escrita en el margen de la historia de los países europeos. Pero desde el siglo XVIII los países de Asia oriental forman ya parte de las dinámicas económicas globales y a mediados del siglo XIX son uno de sus elementos fundamentales, a pesar de ser arrojadas a una posición forzosamente periférica. Las historias de las diferentes regiones del planeta comienzan a confluír de manera mucho más evidente que en los periodos anteriores, y lo que ocurre en los dos extremos del continente euroasiático tiene una conexión cada vez más inmediata. La atención que los medios de comunicación, los intelectuales y los políticos de toda Europa prestan a Asia oriental a mediados del siglo XIX no tiene precedentes, atención que no decaerá y que irá en aumento. Europa y América se convierten en un factor determinante de la evolución histórica de Japón o China. A finales de ese siglo y principios del XX, buena parte de los ferrocarriles, instituciones financieras, empresas mineras, navieras o arsenales de China son de titularidad europea o cuentan con capital y asesores occidentales. Además, ya en la primera década del siglo XX, Japón consigue derrotar a Rusia, lo que significa un cambio decisivo en la consideración que Occidente tiene de Asia oriental.

En Asia oriental, la atención dedicada a Occidente también se multiplica. Desde mediados del siglo XIX China y Japón quedan inundados por una oleada de publicaciones sobre Occidente que por vez primera permiten a los intelectuales de Asia oriental conocer de manera cabal las realidades políticas a las que se enfrentan. Cientos de traducciones de tratados occidentales sobre historia, geografía, sociología, economía, ciencias, etc. aparecen en ambos países; en algunos momentos se llegan a publicar incluso más traducciones de literatura occidental que de literatura propia. Y los intercambios no se limitan sólo a los libros. Inicialmente, centenares y después millares de chinos y japoneses abandonan su país para estudiar en Occidente. Todo esto transforma no sólo el conocimiento que en China y Japón se tiene de Occidente, sino también de sí mismos. En Japón se apuesta tan rápidamente por la adopción y adaptación de las ideas que llegan desde Occidente que a inicios del siglo XIX se ha convertido ya en parte de ese Occidente, o como mínimo ha dejado ya de ser un paradigma del viejo "Oriente". China seguirá un paso más lento, atenazada por las críticas circunstanciales a las que se enfrenta, pero aun así la institución imperial desaparece para dejar paso a una forma de gobierno tan europea como la república.

A lo largo del siglo XX, China y Japón serán actores globales que participan activamente de la historia mundial. Japón forma parte del bloque aliado en la Primera Guerra Mundial por unos intereses geoestratégicos muy definidos: conseguir ocupar las posesiones alemanas en China. Precisamente para evitarlo, China llega a participar más directamente en el conflicto, cuando envía miles de trabajadores a Francia para trabajar en las fábricas que alimentan la maquinaria de guerra. Poco después, Japón comienza a actuar como un imperio expansivo en Asia: la invasión de Manchuria y el noreste y la costa de China representan el inicio de la Segunda Guerra Mundial. Su alianza inicial con la Alemania nazi y su posterior adherencia al Eje junto a ésta y la Italia de Mussolini ratifican su vocación como gran potencia y actor global. China acaba la guerra con millones de muertos (aproximadamente unos 20, según fuentes chinas) que demasiado frecuentemente no forman parte de las estadísticas oficiales en la Segunda Guerra Mundial.

En la segunda mitad del siglo XX, Asia oriental continúa siendo uno de los focos más destacados de una historia claramente multipolar. La Guerra Fría se inicia en Asia oriental, en la península de Corea, y desde entonces será uno de los escenarios de las tensiones internacionales entre los dos bloques. La partición de Corea, la posterior guerra y la intervención china en ésta dejan paso a las tensiones entre la República Popular (en el continente) y la República de China (en Taiwán), entre las cuales se constituye el telón de bambú. Con el apoyo explícito de Estados Unidos, Taiwán se convierte en una pieza clave en Asia para la contención de una China que, al mismo tiempo, abandona la tutela soviética e incluso llega a prepararse para una eventual guerra con la Unión Soviética, al mismo tiempo que Japón inicia su reconstrucción bajo la tutela norteamericana. A pesar de los periodos de aparente aislamiento a que el Partido Comunista somete a China, la historia contemporánea de Asia oriental ha dejado de ser una historia local, regional o de área para convertirse en uno de los polos más destacados de la historia global, algo patente en las últimas décadas, en las que las barreras y las fronteras entre países y regiones se han diluido hasta el punto de ser frecuentemente invisibles. Ni siquiera el que es calificado como el Estado políticamente más cerrado del mundo se escapa de esta tendencia: Corea del Norte es también un actor del mundo global cuyas decisiones pueden provocar auténticos terremotos en el escenario internacional.

Estudiar la historia contemporánea de Asia oriental, pues, va más allá de conocer con mayor o menor detenimiento una serie de procesos que ocurren en los países que forman la región en un momento determinado de la historia. No es posible ya relatar el mundo moderno y contemporáneo desde una perspectiva unipolar, partiendo de un único centro, o bipolar, como proponían hasta hace relativamente poco muchos análisis; la historia se construye no ya a partir de concomitancias o acontecimientos paralelos en diferentes regiones que circunstancialmente mantienen puntos de contacto, sino como una urdimbre plenamente interconectada. Asia oriental emerge desde esta perspectiva como uno de los diversos polos de este "mundo policéntrico sin un centro dominan-

te" (Pomeranz, 2000, pág. 4), y como tal su historia pertenece no ya al espacio geográfico que ocupa, sino que a través de esa urdimbre se extiende más allá de sus fronteras políticas o geográficas. Los diferentes acontecimientos que marcan la historia del siglo xx en la región son la evidencia más palmaria. De manera muy evidente en los últimos cien años, China, Japón, Corea o Taiwán han sido actores fundamentales de esa historia global contemporánea.

### **3. La escritura de la historia de Asia oriental: discursos, problemáticas y debates**

El término *Asia* se comenzó a usar ya en la antigua Grecia, y desde entonces ha formado parte del horizonte geográfico del imaginario europeo. Durante el periodo medieval diversos viajeros, la mayoría de ellos religiosos con misiones diplomáticas, cruzaron buena parte del continente euroasiático hasta llegar a Asia Central, Mongolia e incluso China, y suyas fueron las primeras crónicas y los primeros tratados misceláneos que ofrecieron un testimonio de primera mano de las regiones que visitaron.

Tras la caída del imperio mongol que había unificado buena parte de Asia y había facilitado el traslado de los viajeros, pasaron algunos siglos hasta que los misioneros europeos volvieron a llegar a las regiones más alejadas de Asia, a partir del siglo XVI. Suyos fueron los primeros tratados sistemáticos que se escribieron en lenguas occidentales sobre la cultura o la historia de Japón o China, y también las primeras traducciones de clásicos del pensamiento, de literatura o de crónicas históricas que llegaron de estos países hasta Europa. Sin embargo, la historia de Asia oriental como disciplina ya más madura no nacerá hasta que, en el siglo XIX, cuando el número de occidentales residentes en Asia oriental se multiplique y los intereses políticos y económicos de los países euroamericanos en la región asuman un mayor protagonismo.

A mediados del siglo XIX, en Japón y China comienzan a aparecer nuevas tipologías de residentes occidentales. A los misioneros católicos de antaño se unen los misioneros protestantes, con objetivos similares pero metodologías evangelizadoras muy distintas. Además, los comerciantes, que hasta entonces habían sido visitantes esporádicos de la costa china o japonesa, dejan paso a otro tipo de agente mercantil, que se convierte con frecuencia en un empresario afincado de manera permanente en los puertos de estos países, y alrededor de sus almacenes y fábricas se despliegan abigarradas ciudades que inician la transformación del paisaje urbano de Asia oriental. Las comunidades extranjeras pasan en pocos años de contar con unas pocas decenas de miembros poco después de la firma de los primeros tratados desiguales, a convertirse en auténticas ciudades coloniales que albergan desde maestros de escuela o sastres a periodistas y políticos. El flujo de información que llega a Occidente de lo que ocurre en Asia aumenta exponencialmente. De este modo, la necesidad de comprender las realidades políticas, culturales y sociales de esos países es cada vez más extendida. No en vano, la figura del orientalista, del sinólogo o el japonólogo nace aproximadamente en este contexto. El número de publicaciones sobre China o Japón aumenta con rapidez a medida que avanza el siglo y los intereses occidentales en Asia oriental se consolidan.

Los primeros historiadores de Asia oriental son, con muy pocas excepciones, misioneros o diplomáticos que han residido periodos más o menos extensos en la región. La perspectiva que ofrecen de Asia oriental está marcadamente teñida por su profesión, las funciones que desempeñan y sus expectativas en esos países. Son representantes de una cultura y unos Estados que intentan dictar su norma en el mar de China. La suya es con frecuencia una mirada marcadamente etnocéntrica, siempre al servicio de los intereses de los grandes imperios occidentales. Se trata además de una mirada contrastiva: no interesa Asia oriental *per se*, sino sólo en relación con la propia historia de Europa o de Occidente.

La cultura europea es indefectiblemente un punto de referencia y de comparación constante. Incluso cuando se emplean términos elogiosos y bienintencionados para valorar la cultura –especialmente clásica– de China o de Japón, ésta es siempre contemplada en tanto que alteridad, como la incardinación del Otro, y como tal su esencia consiste precisamente en ser una alternativa, una diferencia que contrasta con la realidad de los países euroamericanos.

En este contexto discursivo, que Edward Said describió extensamente en su obra *Orientalismo*, la historia del pasado de Japón y China se convierte en una historia proyectada. Frente a la pujanza modernizadora e industrial de los países europeos, China por ejemplo es descrita como un país anclado en el pasado, incapaz de evolucionar, que ha alcanzado su culmen como civilización hace un número indeterminado de siglos, y que por tanto lleva más de un milenio sin evolucionar.

Esto significa que la China en crisis que los europeos describen en aquel momento es una imagen que proyectan hacia el pasado: China siempre ha sido de aquel modo, y su historia por tanto ha seguido unas pautas que la han llevado a esa situación de crisis irremediable. Y lo mismo ocurre con Japón. El pasado de Asia oriental interesa por tanto sólo para ratificar esa representación histórica, representación que además tiene una vertiente soteriológica, ya que sólo la llegada de los países occidentales y su cultura puede salvar a los países de Asia de ese letargo. A pesar de la dureza de las acciones de los grandes imperios europeos, los beneficios que reportan para los países asiáticos las justifican. Así lo expresa uno de los pocos testigos españoles del momento que publicaron obras dedicadas a alguno de los países de Asia oriental, en este caso China:

"Con la apertura de este extenso imperio al trato con las demás naciones, es seguro que no sería él el que menos ganase con esta medida; esas leyes bárbaras que aún conserva desaparecerían, con lo que la humanidad ganaría mucho [...]; es decir, entraría en la senda de la verdadera civilización, que no es otra cosa que la disposición de los hombres a tomar el amor del género humano como regla de su conducta."

Luis Prudencio Álvarez Tejero (1857). *Reseña histórica del gran imperio de China* (pág. 374). Madrid: Fontanet.

### El orientalismo: bibliografía

Edward Said (1978). *Orientalism*. Nueva York: Panteón Books [Traducción castellana (2002). *Orientalismo*. Madrid: Debate].

Sobre la cuestión del orientalismo y su relación con la historia de Asia oriental, ved:

Arif Dirlik (1996). "Chinese History and the Question of Orientalism". *History and Theory* (vol. 35, núm. 4, pág. 96-119).

Daisuke Nishihara (2005). "Said, Orientalism, and Japan". *Alif: Journal of Comparative Poetics* (núm. 25).



Este tipo de representación histórica se mantendrá vigente hasta bien entrado el siglo XX. El interés sólo subsidiario por la historia de Asia oriental determina su interpretación. Esto se traduce de manera tangible en la obra de los historiadores de Asia oriental, que buscarán en la historia de Japón y de China los mismos procesos que ellos mismos identifican en la historia de los países euroamericanos. Occidente es la medida del progreso histórico, la norma que permite identificar las muchas carencias que muestra el desarrollo de la historia de Asia. La representación de una China y un Japón cerrados, culturalmente tradicionales y aferrados al pasado, e institucional y socialmente incapaces de cambiar se reelabora de manera constante durante décadas y se consolida como la mirada más autorizada sobre la historia de Asia oriental.

Muestra de ello es que, durante las primeras décadas del siglo XX, la escritura de la historia de Japón y China continúa estando en manos de diplomáticos, traductores, misioneros o funcionarios, es decir, de representantes más o menos bienintencionados de las potencias occidentales. Pero en los años 1930 y 1940 comienza a emerger de las universidades occidentales una nueva generación de historiadores. Se trata de profesionales de la historia, intelectualmente mucho más capacitados para trabajar con documentos originales y aplicar la metodología propia de la disciplina y de ofrecer una nueva mirada de la historia de Asia oriental. Esta historia es a partir de este momento, especialmente después de la Segunda Guerra Mundial, mucho más sólida y elaborada. No obstante, a pesar del trabajo sistemático con los archivos y de la madurez de las investigaciones llevadas a cabo, el enfoque que adoptan estos historiadores mantiene similitudes evidentes con el del periodo anterior. El paradigma que definía a Japón y China como países cerrados y taciturnos, reacios al cambio e incapaces de modernizarse, y que veía la empresa imperial occidental como un estímulo necesario para la transformación de Asia oriental, es reinterpretado, pero no esencialmente cuestionado.

Frente al cambio y la revolución que define la historia de los países euroamericanos, se acuña por ejemplo la idea de la transformación dentro de la tradición, como lo muestra el título de una de las obras más destacadas de este periodo, *East Asia: Tradition and Transformation*, que publican dos historiadores de referencia como J. K. Fairbank y E. O. Reischauer, especialistas en la historia de China y Japón respectivamente. Este enfoque acentúa los fenómenos de continuidad que se encuentran a lo largo de la historia de los imperios de China y Japón, continuidad que se estructura a partir de unas bases culturales que emanan de la antigua civilización china y se extienden –transformándose– por toda Asia oriental a lo largo de más de dos mil años.

### La obra de Fairbank y Reischauer

**John K. Fairbank; Edwin. O. Reischauer; Albert. M. Craig (1973).** *East Asia: Tradition and Transformation*. Boston: Houghton Mifflin.

Esta obra fue publicada en 1973 junto con A. M. Craig, aunque partía de dos obras previas de Fairbank y Reischauer de título igualmente significativo:

### Relaciones entre China y Japón

La noción tradicional del aislamiento de China o Japón ha llegado hasta nuestros días y forma parte de la percepción popular de la historia de estos dos países en Occidente, a pesar de que las evidencias de las sólidas relaciones interasiáticas demuestran que esa supuesta reclusión se basa únicamente en una perspectiva eurocéntrica de la historia de Asia oriental. Para una muestra, por ejemplo, de las ricas relaciones existentes entre Japón y China durante el periodo habitualmente considerado de máximo aislamiento, ved:

**Marius B. Jansen (2000).** *China in the Tokugawa World*. Harvard: Harvard University Press.

**John K. Fairbank; Edwin. O. Reischauer** (1960). *East Asia, The Great Tradition*. Boston: Houghton Mifflin.

**John K. Fairbank; Edwin. O. Reischauer** (1965). *East Asia: The Modern Transformation*. Boston: Houghton Mifflin.

Posteriormente aparecieron de manera simultánea dos obras por estos mismos autores que reproducían fielmente la idea del cambio dentro de la continuidad:

**John K. Fairbank** (1978). *China. Tradition and Transformation*. Boston: Houghton Mifflin.

**Edwin. O. Reischauer; Albert. M. Craig** (1978). *Japan. Tradition and Transformation*. Boston: Houghton Mifflin.

Desde esta perspectiva, el auténtico cambio sólo tiene lugar en el mundo contemporáneo, cuando las acciones de los imperios occidentales rompen con este despliegue histórico. Occidente sigue desempeñando el papel activo en las relaciones con Asia oriental, que asume un rol marcadamente pasivo. Relaciones que al mismo tiempo ocupan un lugar de privilegio en todo el conjunto de acontecimientos que conforman la historia de China y Japón. Según esta perspectiva, sin el estímulo y el acicate de los imperios euroamericanos, ambos países habrían continuado con su devenir histórico de transformación dentro de la tradición. En consecuencia, el discurso histórico que sobre Asia oriental se elabora a partir de este paradigma tiende a minimizar todo aquello que no tiene relación directa o indirecta con las acciones occidentales en el siglo XIX y XX. La historia de los países de Asia oriental resulta simplificada y acontecimientos y procesos históricos fundamentales quedan en ocasiones reducidos a una simple nota marginal.

Sólo durante los años 1970 estos planteamientos comienzan a quedar erosionados. Los cambios intelectuales de esa década quedan acentuados por los sucesos en Vietnam y el impacto que éstos tienen entre los historiadores de Asia en general, aunque ya en la década anterior se habían producido reacciones destacadas en Japón, tanto a nivel popular como intelectual. La defensa implícita de las acciones de los grandes imperios en Asia que se podía encontrar en las historias escritas hasta ese momento queda en entredicho y es denunciada por algunos jóvenes historiadores, que proponen una relectura crítica general de la historia de las realidades no euroamericanas. Además, el desarrollo de los estudios locales sobre China y Japón y de los movimientos nativistas en Taiwán o Japón representa un desafío a las generalizaciones que habían articulado el discurso histórico hasta esa década.

Los archivos y el análisis pormenorizado de los datos que emanan de ellos muestran una realidad extraordinariamente diversa, distinta a lo que las grandes estructuras interpretativas vigentes hasta entonces habían establecido. La nueva historiografía que nace a partir de esta época se transforma sustancialmente. A nivel metodológico, es mucho más plural, en tanto que incorpora contribuciones de otras ciencias sociales, como la sociología, la economía, la antropología, etc., y abandona paulatinamente los apriorismos culturalistas. Rehúye las generalizaciones temporales o territoriales; no se limita a destacar sólo aquellos acontecimientos cuya influencia de los países occidentales es manifiesta ni tiene el mismo carácter proyectivo y categórico que en décadas anteriores. Ante todo, es más consciente de las problemáticas inherentes en cualquier discurso histórico.

Aproximarse a la historia de Asia Oriental, especialmente del periodo contemporáneo, en que el efecto perturbador de los países occidentales toma un mayor protagonismo, exige ser consciente de las problemáticas que hasta hace pocos años han determinado la narración histórica de esa región. El ejemplo más inmediato lo ofrece la adopción de etiquetas temporales de uso habitual cuando hablamos de la historia de Europa, como ya hemos mencionado. El empleo del término *modernidad* tiene una larga historia en los estudios de Asia oriental. En ocasiones se indica que la transición desde la historia supuestamente clásica a la moderna se produjo de manera traumática con la llegada de los países occidentales al mar de China; en otras se la retrotrae al periodo Tokugawa y la dinastía Qing; mientras que otros autores optan por afirmar que el inicio de la modernidad en Asia oriental llega concretamente a China con la dinastía Song, mientras en Japón se produce en un periodo posterior. Esto ha obligado a algunos historiadores a emplear términos alternativos (como los de historia premoderna, historia moderna imperial, etc.), o a un completo rechazo del uso de las categorías occidentales para la historia de Asia oriental.

Un segundo ejemplo, centrado en el caso chino, mostrará hasta qué punto las cuestiones discursivas asumen una importancia fundamental en cómo se ha escrito la historia de los países asiáticos. El imperio chino ha sido motivo de miles de obras, que han analizado su historia, sus costumbres, su literatura, su organización política, etc. Los manuales nos hablan de la fundación del imperio chino en el año 221 a. C., o de una historia de China de tres o cuatro milenios. Sin embargo, el uso de términos tan lexicalizados y asumidos como *China* o *Imperio Chino* no deja de ser problemático y exige una reflexión. Porque, de hecho, la única entidad política que ha existido con el nombre de *Imperio de China* (*Zhonghua diguo*) duró sólo 102 días, incluyendo las fechas de establecimiento y abolición. Además, tuvo un único emperador, Hongxian, que ocupó el trono durante sólo 82 días. De hecho, el Emperador Hongxian –cuyo nombre personal era Yuan Shikai– había sido previamente el segundo presidente de la República de China, la primera entidad política que formalmente incluyó

### La nueva historiografía

Sobre los cambios que a partir de los años 1970 experimenta la nueva historiografía sobre Asia oriental, concretamente China, ved:

**David Martínez-Robles** (2008). "La representació occidental de la Xina moderna: orientalisme, culturalisme i crítica historiogràfica". A: Carles Prado-Fonts (coord.). "Orientalisme" [dossier en línia]. *Digithum* (núm. 10). [Versión inglesa: David Martínez-Robles (2008). "The Western Representation of Modern China: Orientalism, Culturalism and Historiographical Criticism". En: Carles Prado-Fonts (coord.). "Orientalisme" [dossier en línia]. *Digithum* (núm. 10)].

el término *China* en su denominación oficial, en enero de 1912. Es decir, el país habitualmente conocido como *Imperio Chino* en realidad no existió nunca nominalmente, es un constructo creado en el mundo contemporáneo.

Aunque se trate aparentemente de una cuestión únicamente nominal, las consecuencias no lo son. Buena parte de los discursos contemporáneos sobre la nación china –que son un elemento esencial de la vida política e intelectual de la China actual– se articulan a partir de la idea de la continuidad histórica del imperio chino y la presunción de que China ha sido durante milenios un mismo país y una misma nación. Sin embargo, el nombre de los diferentes Estados (es decir, dinastías) que han existido en territorio chino a lo largo de la historia se han caracterizado por una voluntad expresa de no mantener la misma denominación que sus predecesores, es decir, de mostrarse como una entidad distinta incluso nominalmente. Uno de los funcionarios que integraron la primera embajada oficial china a Europa (1871), cuando fue interpelado sobre el motivo de que los chinos llamasen a los europeos "demonios extranjeros" en lugar de emplear los nombres de los distintos países, respondió cuestionando el motivo de que los extranjeros,

"quienes después de décadas de intercambios diplomáticos y comerciales entre el este y el oeste saben que mi país se denomina *Da Qing Guo* [Gran país de los Qing] o *Zhonghua* [los Estados florecientes del centro], sigan insistiendo en llamarlo 'China', 'la Chine', 'la Cina', 'Shina', etc. ¿En qué se basan los occidentales para llamar a mi país de ese modo?"

Lydia Liu (2004). *The Clash of Empires. The Invention of China in Modern World Making* (pág. 80). Cambridge: Harvard University Press.

Teniendo en cuenta que las fronteras de los distintos imperios ubicados en lo que actualmente denominamos *China* han fluctuado enormemente, la unidad histórica de la región podría ser como mínimo puesta en duda. Por ejemplo, territorios fundamentales para la concreción de la idea de China como la cuenca del Huanghe han llegado a quedar fuera del control de alguno de los Estados chinos que han existido: así ocurrió durante la dinastía Song, especialmente durante el periodo Song del Sur, cuando la frontera de China estaba fijada en el río Huai e incluso durante algún periodo en el Yangzi. Lo mismo cabe decir de la representación de la historia china que tiende a considerar los periodos de desunión como una excepción y las conquistas completas del territorio chino por parte de pueblos extranjeros como una muestra de la fortaleza cultural de China, en tanto que esos pueblos supuestamente quedaron sinizados: pocos manuales indican que, desde la fundación del primer imperio unificado en 221 a. C., la unidad de los territorios chinos se rompió en diversas ocasiones por un total de más de cinco siglos, o que estuvieron bajo el control de pueblos extranjeros durante más de tres siglos y medio.

Tomar en consideración estos datos podría suponer arrojar una sombra sobre la idea nunca desafiada de la continuidad de la esencia china, especialmente en aquellos momentos en los que la integridad política, cultural y física de China quedó como mínimo erosionada. No en vano, a inicios del siglo xx, algunos estudiantes y jóvenes intelectuales chinos reconocieron la novedad

que representaba el término occidental *China*. En un contexto renovador de crítica a la cultura tradicional –que según su perspectiva era la responsable última de la profunda crisis en que China se encontraba entonces–, llegaron a acuñar un término propiamente chino a partir de la voz inglesa, creando el término *Zhina* (Liu 2004: 78-79). A pesar de que apenas tuvo difusión y su vida fue muy efímera, este intento muestra que la idea que se esconde bajo el uso de *China* es, como mínimo en parte, ajena en esa época a la realidad a la que se aplica.

Este tipo de representación histórica de la unidad y continuidad de China tiene repercusiones muy palpables y de gran actualidad. Por ejemplo, buena parte de las alegaciones oficiales sobre la legitimidad de las pretensiones chinas sobre el Tíbet se basan en consideraciones históricas. Pero una representación alternativa de la historia china podría sostener que, cuando el altiplano del Tíbet entró en la órbita china, lo hizo como un territorio bajo el control del mismo conquistador (el imperio mongol) que también controlaba el territorio chino; o que en el momento de máxima influencia china en esa región, durante la dinastía Qing, de hecho la totalidad del territorio chino estaba dominado por un pueblo extranjero, los manchúes, que fueron los que en realidad en ese momento consiguieron influenciar de manera decisiva en el Tíbet.

Nuestra intención no es en ningún caso poner en duda los elementos de continuidad (bases intelectuales, formas de organización política, tecnologías culturales, etc.) que nos permiten hablar con propiedad de China y de su historia, sino destacar que incluso lo más asentado y aparentemente indudable –en este caso la misma existencia de China como objeto histórico, tal como se la concibe tradicionalmente– puede ser sometido a análisis, teniendo en cuenta que es una parte esencial de las representaciones discursivas que determinan nuestra manera de entender la historia de Asia oriental. Algunos de los aspectos más fundamentales de la historia de China y Japón son objeto de debates abiertos que exigen que su estudio se deba afrontar de una manera dinámica y viva. Una parte destacada de la historiografía contemporánea está llevando a cabo un proceso de análisis, reflexión y relectura de lo que ha sido la historia de Asia y cómo ésta ha sido representada, en la obra tanto de los historiadores occidentales como de los de Asia oriental, al tiempo que incorpora los nuevos hallazgos en esquemas interpretativos mucho menos rígidos y apriorísticos que los empleados hasta hace pocos años.

En este sentido, estos materiales pretenden ofrecer una primera mirada general a la historia de China y Japón de los siglos XIX y XX, conscientes de las problemáticas que conlleva y las cautelas que exige este objeto de estudio y teniendo en cuenta al mismo tiempo que se trata de un ámbito que forma parte de importantes debates historiográficos, no sólo referidos a Asia oriental, sino también al papel que la región ha jugado y juega en el proceso de globalización.



## Bibliografía

**Álvarez Tejero, Luis Prudencio** (1857). *Reseña histórica del gran imperio de China*. Madrid: Fontanet.

**Dirlik, Arif** (1996). "Chinese History and the Question of Orientalism". *History and Theory* (vol. 35, núm. 4, pág. 96-119).

**Fairbank, John. K.** (1978). *China. Tradition and Transformation*. Boston: Houghton Mifflin.

**Fairbank, John. K.; Reischauer Edwin. O.** (1960). *East Asia, The Great Tradition*. Boston: Houghton Mifflin.

**Fairbank, John. K.; Reischauer Edwin. O.** (1965). *East Asia: The Modern Transformation*. Boston: Houghton Mifflin.

**Fairbank, John. K.; Reischauer Edwin. O.; Craig, Albert. M.** (1973). *East Asia: Tradition and Transformation*. Boston: Houghton Mifflin.

**Jansen, Marius B.** (2000). *China in the Tokugawa World*. Harvard: Harvard University Press.

**Liu, Lydia** (2004). *The Clash of Empires. The Invention of China in Modern World Making*. Cambridge: Harvard University Press.

**Martínez-Robles, David** (2008). "La representació occidental de la Xina moderna: orientalisme, culturalisme i crítica historiogràfica". En: Carles Prado-Fonts (coord.). "Orientalisme" [dossier en línea]. *Digithum* (núm. 10) [Versión inglesa: David Martínez-Robles (2008). "The Western Representation of Modern China: Orientalism, Culturalism and Historiographical Criticism". En: Carles Prado-Fonts (coord.). "Orientalism" [dossier en línea]. *Digithum* (núm. 10)].

**Nishihara, Daisuke** (2005). "Said, Orientalism, and Japan". *Alif: Journal of Comparative Poetics* (núm. 25).

**Pomeranz, Kenneth** (2000). *The Great Divergence. China, Europe, and the Making of the Modern World Economy*. Princeton: Princeton University Press.

**Reischauer Edwin, O.; Craig, Albert. M.** (1978). *Japan. Tradition and Transformation*. Boston: Houghton Mifflin.

**Said, Edward** (1978). *Orientalism*. Nueva York: Panteón Books [Traducción castellana (2002). *Orientalismo*. Madrid: Debate].

